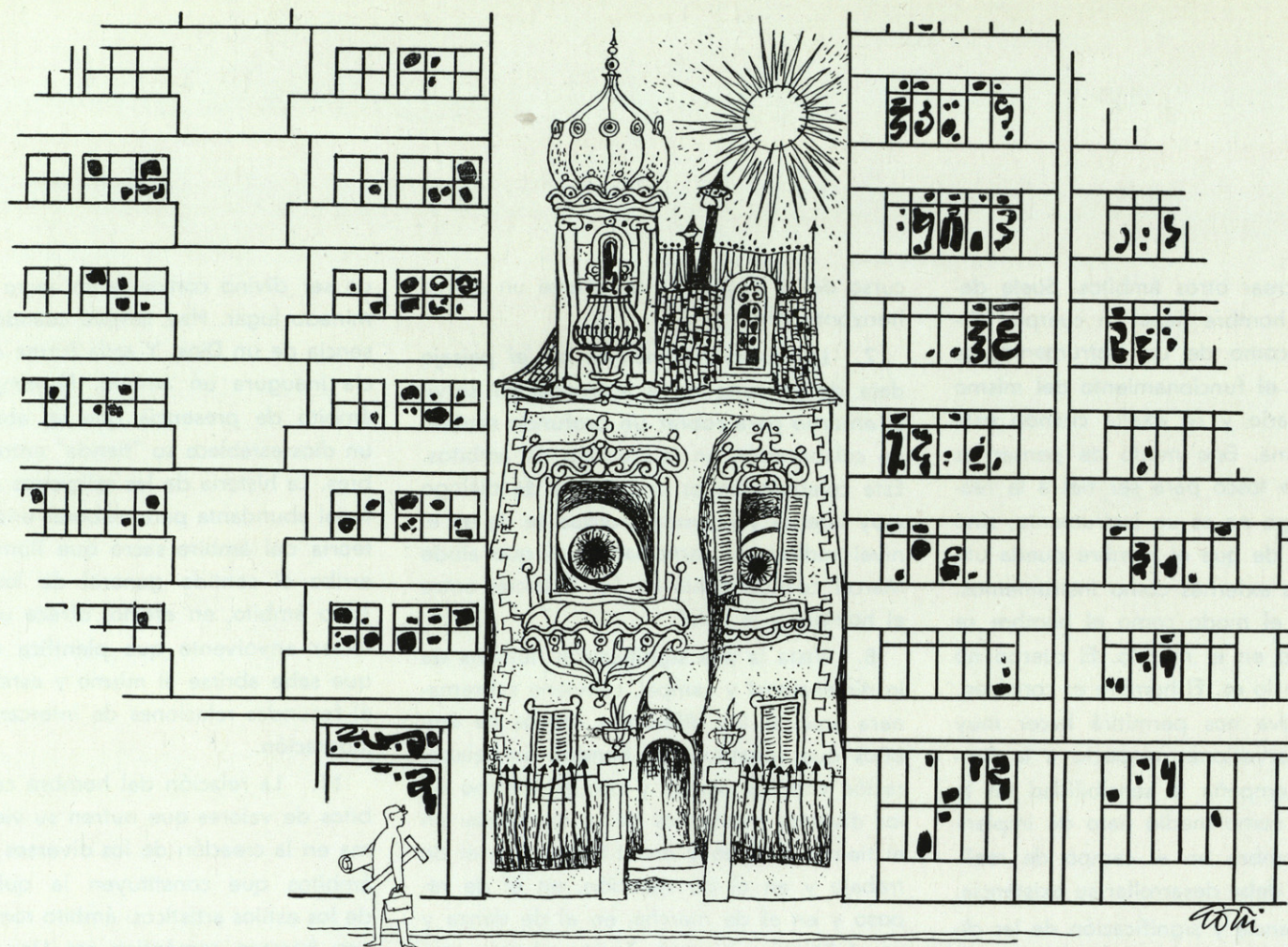




LO QUE USAMOS

CARMEN CASTRO.

LAS FACHADAS

La conocidísima anécdota del novecentista señor de Barcelona, propietario de un inmueble en la calle de Valencia, se olvida con exceso a la hora de la construcción. (El barcelonés consultaba a sus vecinos fronteros: "Como que son ustedes los que ven mi casa..., me sabría mal disgustarles con la nueva fachada...") La cortesía, la sensibilidad inteligente del señor barcelonés debería ser más tenida en cuenta—también en Barcelona—en nuestro tiempo. Y no es así. Nuestras ciudades, aun las más alocadas, tienen normas estrictas que regulan muchas partes de sus edificios, pero no hay una inteligente regulación con respecto a la modalidad de las fachadas. Porque no se les confiere la importancia que tienen. Porque no se sabe todo lo que usamos las fachadas ni lo que son realmente en y para la ciudad.

Ruido, luz, aire—en cuanto a pureza y a movimiento—y estampa de calles—que compete crear a las fachadas—son los elementos esenciales que inciden sobre las personas en la ciudad. Aunque las personas no sean conscientes del "hecho fachada".

El clima vital de una ciudad viene condicionado en muy gran parte por las fachadas.

Ejemplo: A medida que se endurecía la guerra de Abisinia (1936), Italia empezó a resquebrajarse a ojos vista: ya no eran partidarios del Duce todos los partidarios de la pasta seca. Las noticias de la lucha eran siempre óptimas, pero las gentes no que-

rían siquiera oír hablar de Abisinia. El vivir se hizo duro y bronco en Roma. Al caer de la tarde, los romanos se alejaban mohínos del centro de la ciudad a sus casas. Inclusive los días de victoria confirmada por la B.B.C. Sin embargo, al siguiente día el entusiasmo estallaba, natural o verídicamente inventado para la ocasión, por las calles de la ciudad. En el fondo, una victoria es siempre una victoria, decían hoy los que ayer comentaban: "Como ya estaba completísima la colección de desiertos para Italia..." ¿Qué había variado en realidad? En Abisinia, nada; en Roma, las fachadas. Tendidas de banderas desde los tejados a las aceras, flameantes y no desmelenadas, los edificios todos de la ciudad, de las grandes vías y de los callejones, eran un espectáculo insólito de tersura verde, blanca y roja, centelleante de color. Apenas cesaba el día, las fachadas se dibujaban con lenguas de mechas encendidas. Y Roma, como nunca, era sólo fachadas, fachada, "faccenda nera".

Ejemplo: La ciudad de Nueva York tiene establecido qué ventanas deben permanecer alumbradas en cada edificio durante la noche entera. Varían las ventanas en los edificios, pero el conjunto de las fachadas se compone siempre válidamente. Nueva York sabe que vive muerto diez horas al día y no se atreve a ensombrecerlas, a declararlas horas ausentes de trepidar urbano. No tolera la ausencia cotidiana de las fachadas, quiere, exige su presen-

cia constante en la ciudad: activa presencia que mantiene Nueva York latiendo, destellando, y a los ciudadanos viviendo a ritmo de ciudad.

Las fachadas son parte tan viva de la ciudad, que nos tienen en sus manos. Son grave, esencialísimo elemento en la ciudad. Antes que bellas, feas, aceptables o derrumbables, son la ciudad.

Me parece evidente que no puede considerarse la ciudad hoy como un lugar de suelo sobre el que se ha construido. La ciudad es un cuerpo construido, por cuyo interior discurre el vivir del ciudadano. Y este vivir es el latido de la ciudad.

El interior de nuestras ciudades lo crean las fachadas. A medida que las fachadas van adquiriendo determinada calidad, la ciudad va siendo un recinto interior. Inconscientemente, las ciudades alcanzan un punto de construcción, llegado al cual los ciudadanos tenemos clara conciencia de que, para circular por ella, es necesario vestirse de ciudad, no de exterior. No es ningún absurdo el atuendo de los ciudadanos de la City londinense, nada rebuscado. Es cosa exigida por las fachadas de la ciudad.

Las fachadas son decorados ineludibles para el escenario donde acontece nuestra vida ciudadana. Decorados con sentido creador pirandelliano. Si las fachadas de una ciudad se convierten en falsas bambalinas, la ciudad muere, se acaba.

Antes, las fachadas eran la cara exterior del edificio, de todos los edificios. Valían desde el edificio y significaban algo con respecto al edificio y a su habitador o poseedor. Hoy, no. ¿Quién se siente ligado a la fachada de su vivienda?

Las fachadas—repito—ante toda cosa tienen que construir la ciudad. La ciudad está integrada por edificios, por vías de circulación y por personas. Hay ciudad cuando entre sí se traban estos tres elementos. Se desmorona la ciudad cuando fallan las personas, o las vías, o los edificios—en su función exterior, sobre todo—.

Usamos, pues, las fachadas, y las fachadas nos usan—gastan, desgastan o reconfirman nuestro ritmo, nuestra armonía personal en su vertiente ciudadana—.

¿Son conscientes los arquitectos del valor ciudadano de las fachadas?

¿Crece la construcción desde la fachada o termina la construcción con la fachada?

¿Es la fachada auténtica piel del edificio?

¿Es ritmo, módulo para la edificación la fachada?

Por las calles de la ciudad se va viendo que todo esto acontece y todo ello es posible que alcance realidad—alcance a la fachada—. Por eso, los más insensatos de la ciudad rodeamos a veces por no ver y a veces por ver una fachada, y no seguimos el camino recto. Pero, consciente o inconscientemente, las fachadas guían en medida mayor de lo que se piensa los itinerarios de las personas en la ciudad, no sólo los que conducen a través de las calles, sino los que llevan a través del vivir. Es posible que haya vidas devoradas por la presencia de las fachadas—sucede a muchas personas verse en tal situación en Nueva York o Chicago—. Es posible que las personas den una medida superior a la que estaban dando al llegar a una ciudad en que las fachadas son armonía importante: hay a quien tal le acontece en Roma o en París.

París—ciudad consciente por excelencia—salió de las barricadas de mayo 1968 en situación todavía más lamentable de aque-

lla a la que había llegado. Pero el ministro André Malraux se lo había propuesto, y ahora es ya realidad París con su color recuperado. París con sus fachadas limpias. Un día—lo olvidamos siempre—las catedrales fueron blancas; un día también eran blancos o clarísimos los edificios de París en sus fachadas. Blanco, gris nube tenue y negro brillantes son los colores de París, a los que vienen a realzar por varios oportunos puntos un azul que se llama "parís", un amarillo, un rojo especial. Y todos estos son los colores recuperados por la ciudad, que gracias a ellos liga hoy perfectamente con sus zonas de extensión y no pierde unidad. Además, París—a pesar de todos los planes de urbanismo—es una ciudad que crece desde sí misma: por eso sigue siendo ciudad, no obstante la extensión que abarca.

París recibe, acoge con sus fachadas relucientemente limpias.

Madrid no reluce tanto como París—a pesar de tener en su haber el sol—por lo que respecta a sus fachadas. Los colores de Madrid, supuesto que estén limpios, son el rosa piel—en su versión ladrillo—, el gris plata del granito y un blanco poco saliente. Los negros de Madrid no rebrillan.

Madrid no es—ni debió serlo nunca—ciudad serena. No lleva trazas de alcanzar el ritmo continuo—más vivo o más lento—de París, Roma o Viena. Es culpa de los madrileños acaso. Pero debe ser también culpa del río. El Manzanares no es un río, sino un arroyo. Sena, Tíber, Danubio—incluso pasado por canal—discurren por las ciudades aguas convivibles. Los arroyos son mucho más difíciles de convivir que los ríos. Aguas inestables, cursos atropellados, caprichosos.

Víctima de su arroyo peligroso, Madrid no tiene solución. Madrid no cuaja como ciudad grande: es ciudad crecida. Parece un adolescente que todavía no ha logrado resultar armónico en sus nuevas proporciones y hace gallos al hablar o se entrecorta. Claramente lo pregonan las fachadas de Madrid, señal del ritmo, siempre inestable, a que crece la ciudad.

Hay un tiempo madrileño de ventanas y balcones con hierros de forja. Un tiempo de hierro colado por las fachadas, pobretón y amanerado. Hay un tiempo definido por los miradores. Hacia los años "20" no quedó fachada en Madrid que no se abullonara y sacase su correspondiente mirador-miradero hacia la calle. Los miradores eran pequeños cuartos de estar..., de estar presente sin ser visto en el suceso callejero. Antes de los miradores, los señores de Madrid se asomaban a los balcones. Una canción de corro, niña, habla de un "Ramón"—"Ramón del alma mía..., sentadito en tu balcón... viendo pasar los coches..., dos para Cataluña y otros dos para Aragón...—. ¿Quién sería este Ramón balconero en Castilla?

La palabra *fachada* es de origen italiano—préstamo náutico—: viento de proa se dice viento en *faccia*. Hacia 1600 se dijo *fachada* del italiano *facciata*. Y parece que los miradores de Madrid son reminiscencia y recuerdo de las proas marineras en la meseta castellana.

Vientos del norte de Europa llegaron a barrer balcones, a descolgar miradores, como las galernas del Cantábrico, y a calar paredes. En el muñón de los miradores crecieron los ventanales. Luego, las terrazas-balcón o los balcones con pretensiones terraceras.

El ventanal da luz, pero no visibilidad, a las habitaciones ciudadanas. El ventanal se fue comiendo el muro de las fachadas

y ha llegado a ser fachada por sí mismo. Ha llegado a convertir en exterior las casas.

Las terrazas, en cambio, convierten las casas en cuevas sombrías. Hubo un tiempo, previo al acondicionamiento del clima en los interiores, en que los áticos con terraza, en Madrid, eran buscados por la terraza (y por muchas más razones, no arquitectónicas). Y, de pronto, las casas nuevas vieron que se sustituía la placa de esmalte azul y blanco de sus portales—"gas en cada piso"—por la frase clave: terrazas en todos los pisos. Y plantas verdes en todas las terrazas.

Así han surgido las fachadas verde sucio, verde mustio, de Madrid, que no alegran, sino entristecen. Las plantas no resisten el aire sucio de Madrid y se mustian. Por salvar las plantas, que dan voces lastimeras, se ducha a los transeúntes con agua manchada no anunciada, porque no va precedida del honesto "¡¡agua va!!"

La razón de la terraza verde es el deseo de crear para las personas una zona intermedia entre el interior de la casa y la calle. Pero como la calle de la ciudad es un interior público, la terraza-balcón sobre la calle no cumple ya misión alguna. Si las casas quieren ofrecer terrazas, es preciso que las fachadas recubran en cierto modo, envuelvan, protejan contra la calle esas terrazas. La terraza tiene sentido hoy día en la ciudad si puede ser utilizada como un jardín árabe. De otro modo no sirve para nada, si no es para uniformar los lados de las calles.

La misión de la fachada es ligar entre sí calle y casa. Y esta misión es tan cierta que la historia de la palabra la refiere. En el siglo XIII se llamaba *facera*—de *faz*—a la fachada de la casa. Luego se llamó *facera* o *acera* a la fila de casas que bordeaba un lado de la calle o de la plaza. Y la palabra se fue escurriendo y vino a designar la parte de la calle colindante a la casa nuestra *acera*.

Las fachadas condicionan la calle y aun la crean. Las fachadas condicionan la luz, el ambiente más o menos interiorizado de las viviendas. Todo le es posible a una fachada: alumbrar o ensom-

brece las habitaciones; sosegar o enervar el aspecto de las calles y a quienes por la calle discurren. Las fachadas son capaces de enmarañar la calle más recta y alisar la más serpenteada.

Hay fachadas que ceden ante las exigencias de la habitación y se olvidan de que dan a una calle de ciudad.

Fachadas hay que convierten en recintos inhabitables las habitaciones, porque la casa no es el haz, sino el envés de la fachada.

Una fachada leal debe levantar el ánimo de los viandantes por su calle y remeter a las personas hacia sí mismas apenas entran en la habitación de la fachada, la principal de su morada.

Hay quien puede circular durante el día gracias al saludo matutino y alegre que le da una fachada risueña y grata. Hay fachadas que justifican el sentido de la voz "facha".

La armonía de una fachada, su gracia, el ritmo guardado en la colocación de sus huecos, el espesor de sus salientes, la curva o el ángulo, las proporciones de todas sus cuatro dimensiones—la cuarta, lo abierto, lo comunicante, lo que liga entre sí casa y calle—, todo ello es la firma, el santo y seña del arquitecto que la creó.

Las fachadas son los espejos de la arquitectura de los arquitectos. Las caras de lo construido, que revela presencia o ausencia de alma interior.

Las fachadas son criaturas de materiales—todos los materiales son buenos para realizar una buena fachada—sobre las que pesa una tremenda responsabilidad ciudadana. Sucio, limpio, armónico, irracional, bueno, malo..., como la fachada sea será el interior, el alma de la ciudad. Me refiero a las calles de la ciudad que son su alma transitable, navegable.

Antes, las murallas apretaban y configuraban la ciudad. Hoy son las fachadas las que tienen encomendada misión tan grave y definitiva.

Las fachadas son materia de primera necesidad urbana. No digo que los árboles sean indebidos en la ciudad, pero antes de hablar de árboles en la ciudad hay que hablar de fachadas.



COMPOSICION DE J. BALLESTA